

Para girar a la izquierda: entrevista de Antonio Chicharro a Jesús Munárriz, poeta y editor

Jesús Munárriz: “La cultura y la democracia, algo más que palabras”

I y F: El arte de recordar: ¿qué hacía un editor como usted en una España como aquella?

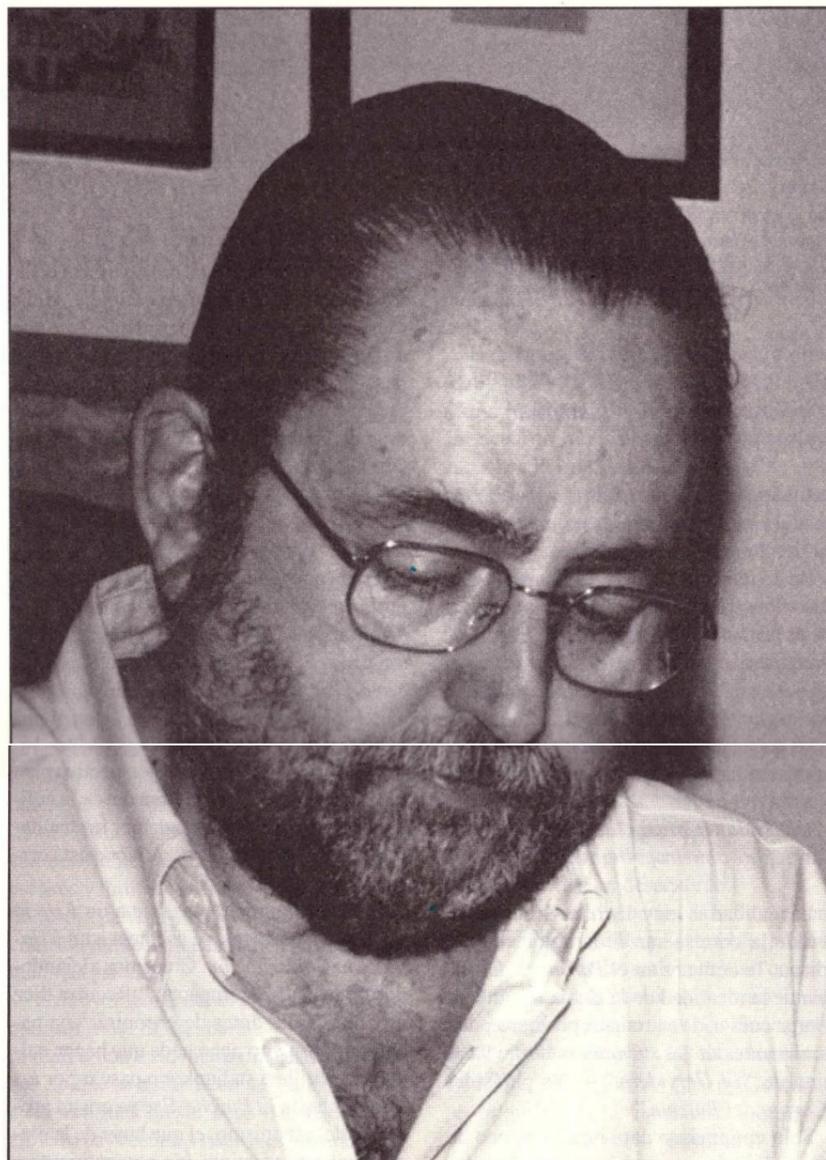
Jesús Munárriz: Pues, en primer lugar, hacerme editor, precisamente. Yo no nací editor; otros puede que sí, por heredar la empresa de su familia, pero no es mi caso. En realidad, yo no me planteé nunca dedicarme en la vida a publicar libros. Simplemente, siendo estudiante universitario, en los años sesenta del siglo pasado, fundé una editorial junto con un grupo de compañeros de facultad para combatir a la dictadura en el terreno de las ideas. Se llamó Ciencia Nueva y, por casualidad, o por disponibilidad, me tocó dirigirla a mí. Tuve que aprender el oficio practicándolo, sobre la marcha. Ninguno de nosotros sabía nada de editoriales, ni de imprentas, ni de distribución; sólo sabíamos qué tipo de libros queríamos publicar: los que hasta entonces habían estado prohibidos. Y conseguimos editar más de cien títulos, muchos de ellos con éxito, antes de que el gobierno nos echara el cierre.

Fue una labor apasionante y, pese a las dificultades, le cogí gusto. Así que decidí seguir editando libros, pero la administración no me lo permitía; estaba en una lista negra del Ministerio de Información y Turismo. Tuve que trabajar en editoriales ajenas, poner una librería... siempre ligado al mundo del libro, hasta que finalmente en 1975, y con un truco —pedir el permiso a nombre de mi madre— conseguí una autorización para publicar. Poco después murió Franco, y nuestro primer libro, el *Hiperión* de Hölderlin, que yo mismo había traducido, apareció en la primavera de 1976. Desde entonces he tenido muchas satisfacciones al frente de Ediciones Hiperión, y aquí sigo, mientras el cuerpo aguante.

I y F: El arte de vivir: ¿qué hace un editor de poesía como usted en una España como ésta?

J. M.: Eso, justamente, editar poesía (y alguna que otra prosa), bastante a la contra de lo que se lleva. Si no estuviera convencido de que la poesía es uno de los valores más altos que hoy se pueden defender en todo el mundo, que descubrirla, leerla, escribirla, traducirla, apoyarla, publicarla, difundirla son tareas fundamentales, no habría dedicado mi vida a ellas. España, dentro de todo, no es un mal país para la poesía. Creo, incluso, que está entre los mejores. Hay suficientes lectores para permitirnos subsistir a los que la publicamos, al menos a unos cuantos, y se escribe mucha poesía, mala, regular, buena y muy buena, y se lee no poca, aunque siempre menos de la que nos gustaría que se leyera.

La poesía no va a ocupar nunca el lugar del fútbol ni de otras aficiones de masas, ni va a ser tema de portada en la prensa, ni las televisiones se van a ocupar de ella, a no ser de pasada con motivo de algún premio Nobel, ni la van a financiar los bancos, ni va a cotizar nunca en bolsa. Siempre ha sido y va a ser minoritaria, pero eso no quita para que sea importante, más importante en realidad que la mayoría de las cosas que ve-



Jesús Munárriz. Foto de archivo

mos, escuchamos, leemos o consumimos. La poesía resiste al tiempo y sobrevive al hombre que la crea. Sigue interesando, sigue estando viva siglos y milenios después de haber sido escrita. Y se escribe, transmite y perpetúa con unos medios mínimos: tinta y papel. Y gracias a los ojos que la leen. Por eso los poetas saben hace tiempo que es más duradera que el bronce. Y que el poder, y que el dinero...

I y F: El arte de convivir: ¿No hay más salida que la del Imperio y la mundialización?

J. M.: Espero que sí, aunque no me voy a meter a adivinar. La evolución histórica no hay quien la prediga, ni lo ha habido nunca. Podemos exponer nuestros deseos, nuestras metas, pero luego las cosas son tercas, y los factores que intervienen en el curso de la realidad son tantos que no hay calculadora que los pueda calcular. Sabemos, por la historia, que los imperios se hunden; todos los que han existido se han hundido. No va a ser éste la excepción. ¿O sí? Puede que alguna vez la mundialización sea algo positivo, un trato justo entre iguales, y no el predominio de los fuertes sobre los débiles. Pero

también puede que a este imperio de hoy le siga el imperio de mañana y a éste el de pasado mañana. Hasta ahora, ha sido siempre así. Aunque no vamos a ser nosotros los que lo veamos, desde luego.

I y F: El arte de pensar: ¿qué se desplomó con la caída del muro?

J. M.: La ilusión de mucha gente, más de un siglo de luchas, millones de vidas sacrificadas... pero también muchos errores, injusticias, mentiras. ¿Por qué los rusos, tras tres cuartos de siglo de comunismo, se han pasado al capitalismo más bestia mayoritariamente con entusiasmo, o al menos con esperanza? ¿Y el resto de los países socialistas? ¿Tan mal lo hizo el comunismo? Algo olía a podrido tras el muro, sin duda. Y yo lo entiendo muy bien; a mí, personalmente, los muros no me han gustado nunca.

I y F: ¿Qué utopía para qué realidad?

J. M.: Utopías, muchas. Metas, objetivos, sueños... hay tanto que mejorar en todas partes: hambre, enfermedades, explotación, injusticias, guerras. El mundo sólo es habitable con comodidad en pequeñas zo-

nas; el resto sigue siendo inhóspito, salvaje, cruel. Y la civilización, el progreso, la industrialización, que a algunos nos han traído evidentes mejoras y bienestar, a otros los ha hundido en una miseria mucho mayor, les ha hecho imposible la vida.

La superpoblación, el agotamiento de los recursos naturales, la extinción de la biodiversidad, los grandes temas de subsistencia del planeta son tan importantes, que intentar resolverlos es ya una utopía en la que nos va en juego la existencia de la especie sobre la tierra.

I y F: ¿A dónde van las izquierdas?

J. M.: Yo no lo sé, desde luego. Me gustaría que fueran por caminos de libertad, de justicia, de solidaridad, de internacionalismo, por los grandes lemas que les dieron nacimiento y sentido. Pero no sé si serán capaces. Ni siquiera sé si eso que aún llamamos «izquierdas» seguirá existiendo como tal en el futuro. Cuando los proletarios han pasado a ser propietarios y tienen mucho más que las cadenas que perder... cuando todo el primer mundo, izquierdas incluidas, se beneficia de la injusta explotación del tercer mundo... cuando los políticos de los partidos de izquierda se corrompen tan fácilmente en cuanto llegan al poder... Yo cada vez me fío más de los hechos y menos de las etiquetas. ¿Son de izquierdas las ONGs? A mí, lo que hacen muchas de ellas, me suele convencer más que lo que hacen los partidos de izquierdas.

I y F: ¿Qué es eso del compromiso social?

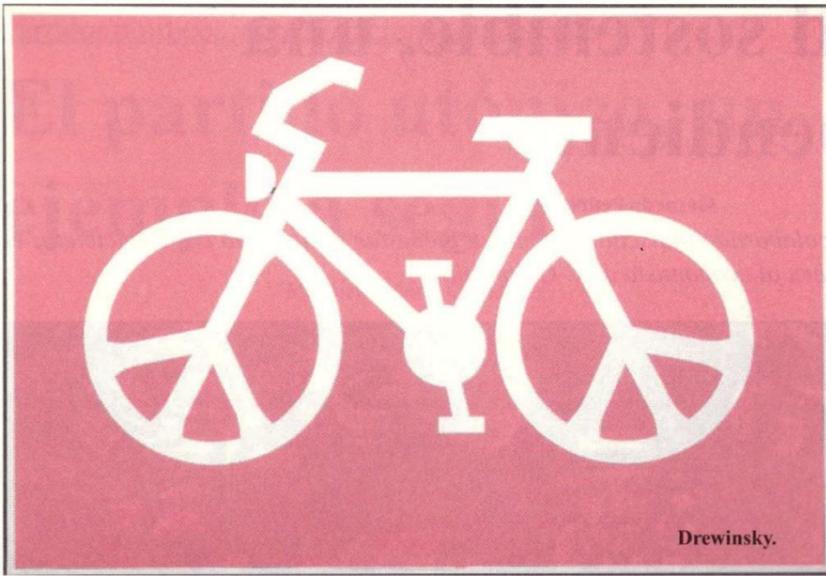
J. M.: Anteponer los valores al interés. Si uno anteponer lo propio a lo de los demás en términos absolutos, el compromiso es sólo consigo mismo: puro egoísmo. Si uno piensa que también es responsable en parte de lo que les ocurre a los demás y que puede contribuir a facilitarles y mejorarles la vida, y lo hace, se está comprometiendo con los demás, con la sociedad. En mayor o menor grado, eso depende de muchos factores, pero todos podemos y debemos, creo yo, comprometernos en lo que podamos y sepamos. Y no andar por el mundo pensando sólo en nosotros y en los nuestros.

I y F: De la poesía y de la política...

J. M.: Para mí, en la poesía cabe todo. Todo puede transformarse en poesía, si se sabe hacer. Frente a la «poesía pura» de Juan Ramón, Neruda se definió por una «poesía impura». Yo me quedo con todas: con la pura, la impura y las intermedias. Si son buenas, claro; si son malas, tan poco valen las unas como las otras.

Tenemos, en el siglo XX, ejemplos extraordinarios de poesía política en castellano: César Vallejo, Miguel Hernández, Rafael Alberti, Pablo Neruda... pero esos mismos poetas han escrito poemas igual de valiosos que nada tenían que ver con la política. O han escrito poemas de los que tendrían que haberse arrepentido, como las odas a Stalin de más de uno. Por no hablar de los del otro lado, de un Pemán, por ejemplo.

Continúa en la página 26



A la paz...cambiando nuestro estilo de vida

Federico Velázquez de Castro González

La guerra contra Irak ha indignado a millones de personas en todo el mundo. Amplias movilizaciones, antes de su inicio, obligaron a los gobiernos implicados a moderar ligeramente el lenguaje prebélico, creando en los pueblos alguna ilusión, mas la decisión ya estaba tomada y estos mismos gobiernos, especialmente el español, demostraron un gran desprecio por sus opiniones públicas y una gran fidelidad a los intereses económicos a los que sirven, de manera que la decisión de invadir Irak era inexorable. Tras el inicio, de nuevo la opinión mundial continuó movilizándose para "parar la guerra", objetivo claramente inalcanzable, pero que reforzaba una vez más la voz de la sociedad civil, de la razón y de la cordura frente a los intereses imperiales.

Ante la impotencia de no sentirse útil, al menos en cuanto al objetivo inicial de "No a la guerra", se plantea la reflexión de cómo hacer frente a un imperio que ha adquirido un poderío militar sin competencia y que se atribuye la potestad de calificar como *eje del mal* a países no completamente integrados en su misma mentalidad e intereses. La guerra contra Irak, país que no representó nunca un peligro para la paz mundial ni escondía armas de destrucción masiva, tenía

objetivos más prosaicos, como el control estratégico y económico de una importante zona en el Oriente próximo. Pero la pregunta continúa: ¿Qué podemos realmente hacer para frenar las guerras?

La respuesta la encontramos en las mismas razones que han llevado a la Irak. Se trata (en este momento histórico) del control del petróleo, algo —reconozcámoslo— en lo que todos estamos implicados. Si el petróleo es materia de negocio y enriquecimiento de las "siete hermanas", intereses privados y gobiernos, también lo es que detrás de ellos se encuentran sociedades ávidas de energía. Por lo tanto, parece que una primera forma de control sobre la explotación y saqueo de los recursos naturales (y no olvidemos que buena parte de ellos no son renovables, es decir, progresivamente escasos y limitados) es cuestionarnos nuestra forma de vida y en qué medida estamos contribuyendo a esta demanda incesante de materias primas.

Es muy importante ser críticos con lo que consumimos. El escaparate y la moda nos invitan a una renovación incesante de bienes, lo que se agrava con su ciclo de vida, cada vez más corto, pero detrás de cada artículo hay recursos naturales, uno de ellos

la energía, sin la cual ninguna producción es posible. Reflexionar, reducir, reparar, reutilizar... son verbos derivados de la virtud de saber conservar y cuidar unos recursos limitados que, de no hacerlo, estaremos suponiendo dar carta blanca a nuestros "representantes" para que los busquen a cualquier precio, en cualquier lugar de la Tierra. Puede que no siempre haya guerra contra otros seres humanos, pero la invisible guerra contra la naturaleza es mucho más frecuente de lo que creemos.

Existe otro uso más evidente de la energía en esta sociedad de la movilidad y es cuando nos desplazamos. El uso irresponsable del coche es una vía más de demanda permanente de combustible. Es muy fácil escandalizarse ante los buques basura, como el "Prestige", cargado hasta los topes de petróleo, pero ¿para quién va destinado? Tomar el avión para distancias cortas o el coche para desplazamientos urbanos o interurbanos en donde existen otras alternativas, son modos de malgastar lo que puede suponer el primer objetivo de muchas guerras y conflictos. Por tanto, reflexionemos sobre si el acto cotidiano de poner la llave en el encendido no está facilitando el que otros pongan sus manos en dispositivos menos inocentes.

Hablemos, finalmente, de nuestro dinero. Se propuso, como respuesta a esta guerra, el boicot a los productos americanos. De acuerdo, pues el imperio sólo parece escuchar lo que le toque el bolsillo, pero puede que no resulte tan fácil distinguir, más allá de algunas marcas de automóviles o cadenas de comida rápida. Preguntémosnos más bien, ¿dónde ponemos nuestro dinero? Porque ha sido frecuente leer en la información divulgativa de los Bancos, que en los momentos de incertidumbre que han tenido las bolsas (y que duran ya varios años), los fondos de inversión han dirigido parte de sus activos, buscando refugio, hacia la industria armamentística. Este es otro de los aspectos en que también deberíamos meditar y elegir, para no contribuir con nuestro dinero a financiar proyectos con los que más tarde estaremos en desacuerdo.

Cambiar nuestro estilo de vida, haciéndolo más responsable y sostenible, no sólo beneficiará al medio ambiente, sino que nos hará crecer como personas y abrirá un camino decidido hacia unas relaciones más justas y fraternales entre los seres humanos.

Federico Velázquez de Castro González es miembro de la Asociación Española de Educación Ambiental

Viene de la pág. 28

Cada poeta debe seguir los dictados de su conciencia y de su inspiración, sin falsearlos, sin escribir al dictado o por obligación. El que viva la política como cosa propia, escribirá poemas en los que se reflejarán sus inquietudes políticas. El que no, no tiene por qué hacerlo. Y lo mismo los lectores: cada uno de ellos es muy libre de leer a los autores y poemas que le sean afines, le emocionen o le gusten. La poesía da para todo y para todos.

I y F: El arte de pensar (bis): ¿qué se ha desplomado con la caída de las Torres Gemelas? ¿Cómo vio el mundo desde arriba y cómo lo ve desde ese sobre-cementerio?

J. M: Yo subí hace años a la Torre Gemela a la que dejaban subir, y vi Manhattan desde aquella altura: el World Trade Center a nuestros pies, los rascacielos que se quedaban bajitos, la estatua de la libertad... La sensación de poderío de todo aquello era inmensa. El espectáculo de su hundimiento, retransmitido en directo al mundo entero, aunque censurado, fue algo inenarrable. Justamente por su espectacularidad, porque muertos ha habido más en Palestina en estos tres años últimos de Intifada, y no digamos en Dresde, cuando los aliados aniquilaron a más de cien mil civiles alemanes en una sola noche, o en Hiroshima o Nagasaki, o en Vietnam...

Pero cifras aparte, es cierto que algo distinto empezó ese día. La prepotencia y violencia que los EE.UU. han exportado al mundo entero se les volvió en contra y les fue devuelta en plena frente, como la piedra de David en la cabeza de Goliat. En las guerras convencionales, el poder del Imperio es arrasador, pero justamente esa imposibilidad de enfrentarse a él en una lucha proporcionada, cara a cara, da nacimiento al terrorismo. El hundimiento de las Torres Gemelas ha demostrado la vulnerabilidad del más fuerte. Y muchos débiles pueden seguir ese ejemplo en el futuro. Los imperios, ya lo he dicho, aunque duren mucho, siempre tienen los días contados.

I y F: Cultura y democracia, ¿sólo palabras?

J. M: Mucho más que palabras, desde luego, pero si se realizan, si se cumplen, si de verdad existen y funcionan. Hay mucha manipulación, el poder y el dinero pretenden controlarlo todo, y a menudo lo consiguen, incluidas la cultura y la democracia. Pero nunca del todo. Sigue habiendo políticos honrados, sigue habiendo controles democráticos, sigue habiendo movimientos populares que no se dejan engañar ni someter... y sigue habiendo creadores cuyas obras no se dejan controlar, ni comprar, ni falsear. Los que hemos vivido media vida en una dictadura sabemos que la democracia, pese a todos sus defectos, hace la vida más llevadera. Que la cultura, pese a los controles del capital, encuentra la manera de desarrollarse en libertad. Queda mucho por hacer, eso sí. Yo espero que las nuevas generaciones, nacidas y educadas en la democracia, profundicen en ella y sean cada vez más dueñas de sus destinos. Que las mujeres, con su incorporación masiva al entramado social, ayuden a mejorar este mundo organizado hasta ahora por los hombres. Y que en ese clima, la cultura se enriquezca y extienda y multiplique.

Aunque, visto lo visto, no me atrevería a poner la mano en el fuego. Pero seamos optimistas.

